



**Janusz WARMINSKI, Polonia, 1980**

Actor, escritor y director teatral de origen noruego (1922-1996). Debutó en el teatro "Polskim" en 1945. En 1952 fue director del teatro "Ateneum". Ampliamente reconocido por su dirección de obras de Tennessee Williams, Arthur Miller, Albert Camus y Dostoievski. En 1985 recibió el reconocimiento honorífico del Instituto Internacional de Teatro (ITI)

Sófocles decía que "entre todas las maravillas del mundo ninguna le merecía más admiración que el hombre."

Dos mil quinientos años después, tanto los artistas como los filósofos, los soberanos, los hombres políticos, han solidarizado con la idea del gran poeta griego. Podemos decir que la historia de la humanidad es una historia de la evolución de los derechos del hombre y la realización de la visión humanista del mundo.

Sin embargo, hoy, en este siglo XX que está terminando, es el porvenir del hombre el que no inquieta y nos angustia. En efecto, no pasa un día que no traiga a nuestro conocimiento los actos más y más crueles de violencia y de terror, las tensiones peligrosas y de conflictos armados. Cada día somos testigos del odio creciente entre los hombres, de la intolerancia recíproca, de la violencia brutal de los derechos del hombre, esos que, dentro de las relaciones internacionales, se traducen en amenazas de catástrofe. La humanidad parece embargada por la fiebre de la autodestrucción. Buscando prevenir estas catástrofes, se recurre a una terapia trágica y paradójica; luchando por el mantenimiento de la vida, se le excava a la raíz; declarando la paz, se despliega la demente espiral de los armamentos; protegiendo la libertad de los pueblos, se viola su soberanía; proclamando solemnemente la Carta de los Derechos del Hombre, se oprime cada día más la dignidad humana.

La Constitución de la UNESCO constata que las guerras nacen del espíritu del hombre y que es dentro de su espíritu que puede edificarse la paz, una paz duradera, fundada en la solidaridad intelectual y moral del hombre.

¿Dónde se encuentra la realidad? Después de 35 años del final de la Segunda Guerra Mundial, los créditos para la cultura y el arte disminuyen de año en año, a medida y en la medida en que aumentan los fondos destinados a los armamentos. Por lo tanto, es la cultura y el arte, son los artistas, los llamados a prevenir la degeneración del hombre. Solo la cultura permite mantener un equilibrio entre el progreso técnico y el desarrollo intelectual y moral de la humanidad. El arte es la conciencia del individuo y de la sociedad. Después de sus orígenes, el teatro siempre ha estado comprometido en el debate del alma humana repartida entre el bien y el mal; el teatro estigmatiza la mentira y la hipocresía, la violencia y la sed de poder, el orgullo y el egoísmo.

Desde Esquilo hasta la gente del teatro de hoy, pasando por Shakespeare, Molière, Ibsen, Chéjov, Brecht y Beckett, el arte dramático intenta descubrir el misterio de la existencia humana, de encontrar la llave de la conciencia y del alma para proteger la vida y la dignidad del hombre.

"El teatro no es teatro más que en la medida en que refleje la vida y su época. No es teatro a menos que se precie de conocer el alma compleja de su público, si coloca a la luz sus problemas morales, si sabe juzgar su conciencia y lucha por sus derechos", dijo uno de los más grandes hombres de teatro polaco, León Schiller. Crear tal teatro es el deber del artista contemporáneo. Dentro de un teatro de esa naturaleza, la sensibilidad moral de los hombres, sofocada por el mundo que nos rodea, es capaz de resucitar. Tal teatro engendra la solidaridad intelectual y espiritual del público.

El 28º Día Mundial del Teatro, en este año de 1980, nos obliga a celebrarlo bajo la divisa: "El Teatro defensor de la paz y de la dignidad del hombre". Este día nos ofrece ocasión de invitar a los gobiernos del mundo entero a conferir al teatro su lugar inminente dentro de las naciones, en todos aquellos

lugares donde no lo sea todavía, y de lanzar un llamamiento por un mundo dentro del cual ni Antígona, ni Hamlet, ni Romeo, ni Julieta, sean ya encomendados a la muerte; por un mundo donde nada merezca tanta admiración como el Hombre.